

LA
ESCLAVA
DE MANILA
JESÚS MAESO DE LA TORRE



HarperCollins
Relato histórico

LA
ESCLAVA
DE MANILA

JESÚS MAESO DE LA TORRE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

La esclava de Manila

© Jesús Maeso de la Torre, 2020

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

© 2020, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Imágenes de cubierta: Shutterstock y Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-9139-579-9

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[La esclava de Manila](#)



Al amanecer, los expedicionarios del Galeón de Manila se concentraron en el malecón de Cavite. Una brisa húmeda les cortaba el resuello. Las chozas y los baluartes emergían de las sombras y una luz amarillenta difuminaba las siluetas del mastodóntico barco.

Dos jóvenes, ama y esclava, olieron el mar y oyeron el silbido del viento zumbando entre las arboladuras gigantescas de la embarcación. Temblaban con el estruendo de la partida y se cogían del brazo de un criado. La esclava filipina se ocultaba de las miradas indiscretas bajo una capa de lana parda, y se pegaba a su también asustada dueña. Desde el primer instante, la sobrecogió el desafiante perfil de la colosal nave: la Santa Rosa de Lima, con su soberbio mascarón de proa que representaba un león policromado de singular belleza.

Imelda del Rosario era esclava del armador don Natalio Zornoza y dama de compañía de su hija Aurora, una joven de su misma edad, diecinueve años, rubia, frágil y asustadiza. Ella era en cambio una mujer esplendorosa a la que todos miraban por su exotismo. No necesitaba afeites ni polvos, pues su semblante brillaba con luz propia. Ya desde el mismo momento de embarcar, la tripulación cayó de inmediato en el embrujo de su natural seducción, y corrió el rumor de que era hija del emperador de China.

Don Natalio, cansado de vivir en Manila, deseaba presentar en sociedad a su hija, demasiado influenciada para su gusto por su confesor, y acaparada por los oficios religiosos. El armador era un hombre que vivía con desahogo, pues poseía, además de sus naves, una plantación cerca de Manila de té de Wulong, el llamado «beso de camello», el más puro de Fujián, de la misma China, que vendía en exclusiva a mercaderes ingleses en su casa comercio de la calle de la Carne de Cádiz.

Cuando el navío se hizo a la mar entre el griterío de la gente y se cargaron en el baluarte de Santiago las arcas y las cajas de seguridad llenas de doblones, perlas de Ceilán y las joyas hindúes de oro— la carga más valiosa, que esperaban los oficiales del rey en Cádiz—, siete cañonazos, número de la suerte en Filipinas, despidieron a la Nao de la Seda y, de paso, a su sangrante corazón que se alejaba de los suyos.

El criado Maximiliano, un mulato libre que trabajaba en la casa desde niño y al que las muchachas querían como un padre, se arrodilló en la cubierta y rezó al milagroso Niño Jesús de Manila, para que los preservara de todo peligro, mientras las jovencitas se exponían en la proa a las brisas del océano del Sur.

Imelda tuvo el palpito de que ya nunca regresaría a su amada tierra natal. La esclava, —cuyo nombre natal era Xiao—, temía la larga travesía desde Manila a Acapulco en el Galeón de Manila —el «viaje de la Misericordia de Dios» lo designaban los nativos—, y luego desde Veracruz a Cádiz. Pero tras dos meses de tormentosa navegación avistaron Acapulco, y, tras trasladarse por tierra y descansar en Veracruz, cruzaron el Atlántico, protegidas por la segura Flota de Indias, y finalmente arribaron a Cádiz sin novedad.

La ciudad vivía un siglo mágico, donde las riquezas se multiplicaban en manos de los comerciantes y los cargadores de Indias. Gentes de todo el orbe merodeaban por su puerto, y cerca de cien mil almas se afanaban por sus calles.

Era tal la claridad del aire de Cádiz que la luz reverberaba en las torres miradores que oteaban sin desmayo el océano, y en las azoteas y los balcones sembrados de geranios que miraban al mar.

Imelda del Rosario, o la Filipina, como dieron en llamarla en los mentideros gaditanos, seguía siendo un misterio para los vecinos, no así Maximiliano, que ya había estado con el patrón otras veces en Cádiz. Sólo salía de la casa en las grandes celebraciones de la Iglesia, de la era fervorosa creyente, luciendo su belleza junto a Aurora, aunque caminando, eso sí, un paso atrás de su ama, junto al mulato, al tiempo que despertaba la envidia de las jóvenes casaderas y damitas atildadas del puerto gaditano.

A la filipina le seducía el embrujo de la bulliciosa ciudad andaluza, donde nadie se sentía extraño y el rumor del océano armonizaba sus aires como una orquesta. Pero lo realmente hermoso de Cádiz apenas si se veía. Se hallaba oculto en el interior de las casas y en sus estancias guarecidas tras las puertas, rodeadas de patios y zaguanes donde crecían los nardos y los jazmines blancos.

Cádiz hacía las veces de centro neurálgico del comercio nacional, y en sus salones, donde se hablaba en todos los idiomas, se servía café y chocolate. Y entre las acaloradas partidas de billar, una copa de brandy y el humo de un habano, los armadores de buques, entre ellos don Natalio, arreglaban tratos, ordenaban fletes, enrolaban tripulaciones, disponían los precios del palo de Campeche, de las salazones, del cacao, o de las sedas de Manila, o tasaban el valor del real de plata con el doblón mexicano.

Las casas de Cádiz maravillaban a la filipina, que no había visto nunca tal lujo. Olían a especias y vainilla, y los comerciantes destinaban los bajos para tiendas y almacenes donde se mostraban al público los escaparates y mostradores de venta. El reloj de la fortuna había sacado a Imelda de la indigencia en la que vivía en Manila. Apenas si se acordaba de su familia, que había escapado de la pobreza con los dos mil pesos que había recibido por su compra, siendo una niña de cuatro o cinco años.

Y daba gracias al cielo por su buena ventura. Sí, el reloj de su vida y de su fortuna marchaba acompasado y, aunque debía soportar el celo indisimulado del padre de su ama, don Natalio, entre platónico y enfermizo, se hallaba satisfecha por el trato que recibía de sus señores, y en especial de Aurora, su confidente, amiga y casi hermana.

Imelda poseía dotes curativas, inventaba y elaboraba bálsamos, pomadas y esencias y conocía las virtudes saludables de las plantas. En sus ratos libres, y a la trémula luz de los flameros del sótano, creaba bálsamos y cremas reparadoras y maceraba hojas con las que preparaba afeites y lociones para las damas gaditanas. Destilaba luego en su alambique aguas olorosas, que luego su amo vendía en la tienda de la calle San Francisco de *monsieur* Fatou, que las suministraba a

precios prohibitivos. Una vez a la semana, el laborioso Maximiliano llevaba al francés tres cajas atiborradas de tarros de perfumes y redomas de fragantes ungüentos para las damas burguesas de los puertos.

A veces, el aroma intenso de las resinas adormecía mansamente los sentidos y Aurora e Imelda se quedaban dormidas en el obrador, con Aurora acurrucada en su pecho, como si añorara la madre a la que apenas recordaba, pues murió siendo ella muy niña.

El derroche odorífico de las más sofisticadas esencias orientales las transportaba a sueños deliciosos. Penetradas por una irresistible sutilidad de olores y, con el vaho de la amalgama de fragancias, permanecían horas con las manos entrelazadas y sus cuerpos jóvenes apretados, en un afecto que duraba horas a la luz titubeante de las lámparas de aceite. Despertaban con el rayo tibio del sol del postmeridiano que entraba por el tragaluz, henchidas de emociones que debían guardar en sus memorias.

Como suele ocurrir cuando la bonanza bendice a una familia, la paz y el sosiego se quebraron en la mansión de don Natalio, que perdió una de sus dos naves en un tifón que asoló las Antillas. Hallaron los restos en las costas de Barbados y lo que quedó fue expoliado por las gentes de las islas. Estaba casi arruinado. Pidió un préstamo a la Banca Aramburu de veinte mil reales para cambiar su negocio, y dedicarse con la que le quedaba a la importación de cochinilla de México y del azogue de Brasil, donde, por otra parte, existía gran competencia.

En la Natividad del segundo año de estancia en Cádiz, tuvieron que prescindir de la mitad del servicio, excepto del bueno de Maximiliano, que puso dinero suyo, ahorrado durante años, para contribuir a la subsistencia de la familia. Natalio vendió a un consorcio holandés la nave que le quedaba, la más marinera y querida: la Atrevida. Se distanció de las muchachas, pero ellas, en cambio, ante la adversidad, unieron aún más sus corazones.

Después de la Epifanía, Aurora, cada día más melancólica, comenzó a visitar el dormitorio de la asiática y a quedarse con ella a dormir, costumbre hasta entonces inexplorada por ellas. Y entre pláticas y complicidades aminoraban sus penas. El vino dulce y la difusa atmósfera alimentaban sus intimidades y exploraban su piel y sus partes más ocultas. La exótica cámara de Imelda, repleta de redomas de aromas y cremas, se convirtió para Aurora en un lugar de sortilegios y sexo fuera del tiempo.

Y la desgracia de su padre le pareció menor y sin importancia.

—Me has devuelto el deseo de vivir y recompuesto mi alma rota. No me separaré nunca de ti, Xiao —llegó a confesarle la pasional Aurora, cuando un amanecer abandonaba la estancia con las luces de la alborada.

Aurora seguía recibiendo el cristiano consuelo del prior del convento de San Agustín, el vitalista fray Sebastián Gómez, así como su asistencia en los sacramentos, y acudía a él acompañada por Maximiliano, su inseparable y protectora sombra.

Pero un día nefasto, en el que la bruma se dispersaba desdibujando el perfil de una luna rotunda, las más terribles dudas afloraron en la mente de Aurora, testigo casual de una conversación que penetró en su alma como un estilete turco. Aurora, tan asustadiza como un pajarillo, escuchó la plática de su padre en el despacho con un adinerado tratante genovés, *micer* José Jácome, un hombre de barba rizada y larga cabellera anudada con un lazo negro en la nuca, que mostraba un inusitado interés por su adorada Imelda, la Filipina, la llamaba una y otra vez, su

refugio y abrigo de amistad imperecedera.

Aguzó los oídos. Hablaban de la asiática como si de un barril de pólvora se tratara, y eso la exasperó sobremanera.

—Yo me hago cargo de vuestra deuda, y vos me traspasáis a la filipina. Para cuando regrese de Gibraltar, en unas tres semanas, firmaremos el contrato y esa esclava pasará a ser de mi propiedad —le ofreció tentador.

—Así será, don José —reconoció don Natalio—. Tenéis mi palabra.

—Espero sacar buenos dineros con su saber en los emplastes, esencias y pócimas curativas, que venderé en mi almacén —habló el negociante con voz ronca, y sus palabras entraron como un trueno en el cerebro de Aurora.

—Bien sabe Dios que jamás hubiera tomado esta determinación de no ser por mis reveses financieros, don José. Mi hija Aurora se apenará, pero dará su aprobación. Su madre se la regaló siendo una niña, y en puridad podría negarse a venderla, pues le pertenece —escuchó a su timorato padre, que se dejaba engatusar por el astuto genovés.

—Nada que un padre con mano firme no pueda conseguir. La ley está de vuestra parte al no estar casada aún, señor Natalio —dijo Jácome.

Lo que había escuchado Aurora la había dejado helada, sin pulsos. ¿Acaso su padre ignoraba que Jácome poseía la red de prostitución más extensa, fructífera y próspera del reino, y que sus burdeles y mancebías se extendían desde Cádiz a Cuba y desde allí a México y Filipinas?

«¿Imelda una prostituta de burdel? ¡Jamás!», pensó.

No, no podía creer semejante acción del bueno de su padre, a quien el desastre financiero había arruinado sus caudales y también su salud, pues hubo de acudir al médico por unos cólicos desgarradores y un dolor de pecho lacerante.

En unas semanas sería separada para siempre de su buena amiga, y su corazón no lo resistiría. Su afecto excedía todo lo mundano y moriría de desolación.

La noche se volvió descolorida para Aurora. Su quietud se había visto alterada por tan fatal revelación, llenándola de espanto. Pero estaba decidida a cambiar las tornas. Tenía tres semanas para subvertir la situación. Se dirigió a su habitación para disponer en orden sus pensamientos y proyectar un plan para que Imelda no fuera vendida a Jácome y llevada a la fuerza a un infecto lupanar, su seguro destino.

«Morirá en menos de dos años», pensó afligida. «Las bubas y la sífilis la devorarán y sufrirá la humillación y los malos tratos de unos crueles pervertidos, sometida día y noche a sus apetencias. No, esa flor no lo merece».

Obraría con astucia y a espaldas de su padre, y contaría con la ayuda del afable padre Sebastián, una institución de humildad y caridad en el emporio gaditano.

El tibio sol convirtió la mañana invernal de Cádiz en radiante. Aurora estaba nerviosa e inquieta. Nada reveló a la esclava, ni al fiel Maximiliano, y menos aún a su padre. Su plan bebía del secreto, la reserva y la presteza. Debía proteger a Imelda de los codiciosos propósitos de su padre y proteger y ocultar a su amada amiga en el único e inexpugnable laberinto donde nadie podía husmear, pues lo protegía la divina ley de Dios. Solo así conseguiría salvar a Imelda del nefasto destino que le preparaban su padre y el sórdido *micer* Jácome.

Rogó a un hermano lego que avisara a fray Sebastián, un fraile de amplia calvicie, ojos alegres y rostro risueño, que la recibió extrañado por la urgencia.

—Escuchad, os lo ruego, padre. Traigo un asunto capital.

—Pues cuéntamelo, hija mía. Dios todo lo escucha y comprende.

—Eso espero, *pater* Sebastián. Veréis. Llevo años sintiendo la llamada de Jesús, que me solicita entregar mi vida a la oración —confesó terminante y el fraile vio alterado su aire beatífico, su tez sonrosada y su menuda figura, que se estiró como un palo—. Dicho de otro modo, he decidido entrar como novicia en el convento de Santa María.

Fray Sebastián abrió sus ojos claros desmesuradamente.

—¿Qué me dices Aurora?! Dicho así, me conturba, hija mía.

—Es el fruto de meses de meditada reflexión, padre. Estoy decidida.

—Espero que no se trate de un capricho, sino de una promesa de por vida y de asumir sacrificios, ayunos, penitencias y de renunciar a la procreación. ¿Lo has meditado y escuchado la voz de Cristo dentro de ti?

—Así es, padre Sebastián. Ya sabéis que mi añorada madre fue bautizada y se casó ante el altar de Nuestra Señora de la Concepción de ese mismo convento.

—Lo sé, lo sé, hija.

El fraile agustino era el paradigma del asombro y del estupor.

—¿Y tu señor padre conoce esa determinación?

—No, pero tengo edad suficiente, y gobierno mis propias decisiones, como para tomar esta tan trascendente. Es una cuestión entre Dios y nosotras. Mi padre nada tiene que ver en esto —afirmó concluyente.

—¿Has dicho nosotras? —chilló el piadoso monje.

—Así es. Este deseo vocacional es compartido por mi esclava Imelda, que también desea fervientemente entrar conmigo en la comunidad de franciscanas concepcionistas y dedicarse conmigo a Dios. ¿Entendéis bien, padre? —dijo rotunda.

—Bien, bien. ¡Es admirable y me congratula! Pero esa filipina es esclava y solo puede entrar como tal en el convento si así lo determina su dueño, o dueña. No puede tomar los hábitos si no es libre, pues carece de derechos, Aurora. Tú lo sabes bien.

—No desde esta misma mañana, padre —lo cortó—. Hace una hora que mi criado Maximiliano entregó los documentos para su manumisión en el despacho del abogado Mendizábal. En solo unos días será libre, y súbdita con todos los derechos del Rey Nuestro Señor —atestiguó categórica—. Esa esclava, por derecho de herencia de mi madre, me pertenece, padre.

—¡Por Dios Vivo que me dejas sin habla! —aseguró el tonsurado—¿Has hablado con la superiora del cenobio? Es preceptivo, ¿lo sabes?

Aurora, con una firmeza y decisión que confundía al desconcertado fraile, prosiguió en la revelación que lo mantenía en vilo.

—Nadie ignora en Cádiz que gracias a mi antepasado, don Esteban Blanqueto, se emprendieron en Santa María importantes mejoras, disponiendo a sus expensas la nueva Capilla Mayor —insistió ardiente—. Y que, bajo el patronazgo de mi bisabuelo, se arregló la clausura, dotándola de celdas, capilla y refectorio. ¿Creéis que la madre Genoveva de la Cruz se opondrá a mi meditado deseo y al de esa hija del Creador?

—No, no creo, Aurora. Tu familia es su benefactora secular. Además, intuyo que tu vocación es sincera. Conozco bien el progreso de tu exquisito espíritu. Has desechado varios casamientos provechosos, indicativo de que algo desde dentro de ti te llamaba hacia la condición religiosa —la animó el aún sorprendido agustino.

Fray Sebastián se sumió en una honda cavilación, y le preguntó:

—¿Y en cuanto a la dote obligatoria para ingresar? Si tu padre no la procura, es difícil ingresar en el claustro —le explicó severo.

—La asignación que mi madre me legó para mi casorio, la traspaso al convento en su integridad. Solo dejo para un futuro mi plantación de caña en Luzón, que también me pertenece. Es una suma relevante que pagará su estancia y la mía de por vida. Además, Imelda del Rosario ofrecerá al convento la sabiduría de sus manos para elaborar bálsamos curativos. Vidas, bienes materiales para Santa María, y dos almas deseosas de ofrecer su virginidad y sus existencias al Altísimo.

El sacerdote nunca había visto en ella mirada tan vehemente, y por más que elucubraba, no entreveía una causa oculta o un capricho pasajero en su determinación que pudiera comprometerlo en el futuro. Y conociendo su vigor espiritual, le parecía hasta lógica su mística decisión.

—Bien, Aurora, procedamos. Iré a ver a la madre Genoveva y le trasladaré tu petición. Después pasaré por el obispado y le anunciaré la nueva al consiliario diocesano, don Vicente Mira, hombre de Dios, versado en derecho canónico.

—Lo dejo en sus manos, padre Sebastián —afirmó Aurora.

—Es proverbial la gran generosidad de *micer* Mira, y en definitiva él será quien examine la petición y tu árbol genealógico, y firme el beneplácito para tu entrada y la de Imelda en clausura como novicias, hasta que profeséis en la orden con los votos mayores —le explicó el proceso—. Convendría aportar una limosna para la catedral, como muestra de buena voluntad. Abrirá muchas puertas.

—Mañana Maximiliano la llevará al obispado, padre.

—De acuerdo, pero me preocupa tu padre, don Natalio. Su salud no es buena.

Con unos gestos desmadedados por la excitación, Aurora le aseguró:

—Nada puede objetar, padre, y lo haremos con o sin su consentimiento. Maximiliano y el ama de llaves lo cuidarán. Él anda en sus provechos. ¿Acaso las leyes de los hombres son superiores a las de Dios? ¿Puede oponerse a la salvación de nuestras almas y a la llamada del cielo? Somos mayores en edad, sabiduría y gobierno delante del Creador y de los hombres. Yo me ocuparé de él.

Aurora no sabía cómo comunicar aquel bombazo emocional a su padre. Aprovechó la comida del día siguiente para anunciarle la decisión que había tomado junto a su mentor espiritual y que llevaba tiempo meditando. Eran los argumentos que esgrimiría. Ante la absorta mirada de su progenitor le narró la plática mantenida con fray Sebastián, mientras su padre, atónito, dejaba de comer y la miraba de hito en hito.

—Es una decisión largamente meditada, padre, e irrevocable, por parte de las dos. Y si antes no os lo comuniqué y tomé las medidas para ingresar en el convento de Santa María, es porque la decisión fue tomada definitivamente en la tarde de ayer y comunicada hoy a fray Sebastián, mi confesor, y a la madre superiora de Santa María.

—¿Las dos?! ¿Qué dos?! —se interesó desesperado.

—Imelda y yo, padre —replicó resuelta y decidida—. Las dos hemos decidido ingresar en el convento de Santa María, del que mi madre era bienhechora.

Aurora habló envalentonada y sabía que el derecho la asistía y que cualquier tribunal, si andaba la Iglesia tras la pretensión, sentenciaría a su favor, así como la liberal sociedad gaditana, y cómo no, las limosnas al obispado y la congregación mariana, que abrían muchas puertas.

Era su forma de rebelarse contra la justicia de los hombres y contra una suerte tiránica adornada de oro que sufría desde que era una niña, y que su mismo padre había precipitado con su decisión de vender a Imelda al tratante genovés.

El primer paso estaba dado, y aguardó serena las bravatas de su padre. La suya también era la prueba más arriesgada de su vida, pero sabía que su término era el éxito. Comprobó que le sobreviniera una fuerte sacudida. Don Natalio tenía el presentimiento de haberse metido en un barranco de donde podría muy bien no salir indemne.

Rojo como un licor de Burdeos, envanecido, glacial y tieso como un tronco, se dirigió a su hija con un gesto malcarado y conminatorio:

—¡No puedes hacerlo sin mi permiso, Aurora!

Don Natalio bufaba, gruñía y se desesperaba. Enfadado, le gritó:

—¡Además pensaba poner en venta a Imelda para paliar nuestras deudas! Iba a comunicártelo, querida, créeme.

Con el temor metido en el cuerpo, la joven, que comprobaba cómo su padre no le decía toda la verdad, concluyó grave:

—Errónea decisión, señor y padre. Imelda, según los papeles que obran desde hoy en poder del abogado Mendizábal, es de mi exclusiva propiedad. Ha sido manumitida por mí y no precisa de vuestro permiso. Nuestro deseo de profesar en una orden religiosa es legal a causa de nuestra edad y solvencia económica. Aportaré mi dote materna al convento. Así lo refrendan fray Sebastián y el canónigo *micer* Vicente Mira, quienes desde ayer gestionan mi petición —le reveló.

—¿A espaldas de tu padre, Aurora? ¡Me sorprendes!

—Te lo comunico cuando he sabido que era posible y que nuestras vocaciones obedecían la voz de Jesús y no del Maligno— mintió.

Los gestos de don Natalio eran arrebatados. Apartó de un manotazo el vino y el el vaso de cristal veneciano cayó al suelo.

—¡Me opondré, Aurora! —berreó incontrolado—. Me dejas en ridículo entre nuestras amistades y clientes.

En tono adúlón y exhibiendo una inocente simpleza, la joven replicó:

—Ignoraba que pensabas vender a Imelda, te lo aseguro. No esperaba eso de ti. Y me parece innoble y grotesco sabiendo de nuestro apego desde muy niñas. Pero ahora veo que la Providencia divina ha conducido mis pasos y aspiraciones a su debido tiempo. Los caminos de Dios son providenciales. Los siento, padre, pero me acojo a la Misericordia del Creador. No creo haberte ofendido gravemente, aunque tal vez disgustado, pero me debo a Jesús, a su decisión de llamarnos y a su complacencia divina— adujo, y compuso un gesto falso de humildad y sumisión a Dios.

—¡Aurora, tú debes ser un modelo de obediencia a su padre, no una hija desconsiderada! —vociferó don Natalio fuera de sí.

Le había mentido, pero su único propósito era salvar a Imelda de una vida de horrores en un burdel de Manila, y lo haría, aunque contrariara a su padre. Aurora se abismó en un silencio reverente, acentuando la gran contrariedad de don Natalio, que sabía que había perdido la partida. Había extraviado el aliento y se sentía frustrado. Pero conocía las leyes al respecto. La joven no podía flaquear.

—Padre mío, si pones alguna objeción a nuestro santo empeño, nos perderás a las dos. Si aceptas el deseo del Señor, solo a Imelda. Tú decides. Servir a Dios es lo más grande y excelso para una cristiana. Y desde hace meses las dos lo deseamos fervientemente. Cádiz entero se enterará que te opones a los deseos de Dios.

La terrible verdad resonó en la cabeza de don Natalio, como una lápida cuando cae sobre una tumba. Torció el gesto como si le hubieran hecho tragar un trozo de pedernal. Se produjo una espera interminable, y ,tras unos largos minutos de reflexión, dijo el hombretón al fin, aunque sin mirarla a los ojos:

—Sea tu voluntad y la del Señor, Aurora. Sé que nada podré hacer ni contra tus aspiraciones, que espero sean íntegras y piadosas, ni contra la Santa Madre Iglesia. Me pondría en evidencia, y carezco de dineros para soportar un largo pleito. ¡Que Dios me ampare! Espero que seas feliz en tu nueva dedicación.

—Posees los recursos justos para llevar una vida cómoda, y los negocios van mejorando. Maximiliano te ayudará. Yo estaré en paz con mi alma, y solo a unos pasos de ti. ¡Gracias, padre! —lo consoló, e incorporándose le besó las manos.

Don Natalio irrumpió en un llanto devastador.

Aurora lo lamentó, pero no estaba dispuesta a que Imelda del Rosario se transformara en una vil ramera de un infecto burdel de impúdicos hombres. Los dos, padre e hija, morirían con un secreto inconfesable en sus conciencias. El afecto puro había vencido a la codicia y la impiedad.

Cuando Aurora le refirió a Imelda lo transcurrido en aquellos dos días, la filipina dilató sus pupilas con tal intensidad y sorpresa, que parecían saltársele de los ojos. Le daba igual ser esclava, o monja, e ignoraba los códigos y usos de los «castillas», como llamaban los filipinos a los españoles. Únicamente anhelaba seguir cerca de su amada ama. Nada más. Pero dudaba que la joven burguesa tuviera una vocación religiosa tan rotunda y decidida. Sumisamente le preguntó si lo deseaba su corazón.

—Mira, Imelda, por el amor hacia una persona querida, o se hace todo, o sea, cualquier sacrificio, o no se hace nada. No me seduce estar atada a un hombre de por vida y prefiero llevar una vida contemplativa, y además que estés cerca de mí. Lo que te aguardaba era infernal e infame, créeme. No lo hubieras soportado—le reveló.

—Pero eso es para ti un sacrificio descomunal. No puedo admitirlo.

—La amistad pura, querida Xiao Imelda, es la más noble de las virtudes del ser humano, y la nuestra ha cruzado un límite en el que nuestras almas forman una sola cosa. Acéptalo como un regalo de mi corazón, semejante al tuyo —la convenció, y la besó en la frente.

—Bastaba con haberme concedido la manumisión, Aurora.

—No, Imelda. No es suficiente protección en estos reinos donde la justicia está arreglada para beneficiar a los poderosos y al género masculino. Había que buscar una cárcel de oro a prueba de codiciosos y corrompidos, tenlo por seguro.

—Gracias, ama, entonces por haberme regalado la libertad y librado de una espantosa fatalidad, que no hubiera soportado —dijo con ternura.

—Tu juicio exquisito y delicado te habría llevado al suicidio.

Aquella noche invernal, conversaron con los sentidos enardecidos por la promesa de un nuevo tiempo. Los pulsos de la filipina se hundieron en el vacío y de sus poros escapó un sudor oloroso, parecido al que creaban sus manos exquisitas. Se entregaron al sexo profundo, placentero y fluyente, y suspiraron hasta el alba.

Se oficiaba misa cantada en la iglesia de Santa María, y un intenso olor a incienso enardecía el

espíritu y aquietaba las zozobras de los asistentes, en su mayoría familiares de las cinco novicias que tomaban los hábitos aquel día.

Entre ellas Aurora e Imelda, a las que habían cortado los cabellos y colocado sobre sus gráciles cuerpos hábitos blancos y tocas marrones. En el frescor de la mañana, un estridente chillido de gaviotas se alzaba por encima de las moreras blancas que crecían en el patio del convento, que cesó cuando los bronces del campanario repicaron, provocando una tumultuosa desbandada.

Resonó el órgano y las voces del coro de monjas inundó de candor el templo, mientras los neumas de la sacra melodía vagaban por su arquitectura, entrelazados con el rumor de las plegarias. Imelda y Aurora cruzaron sus miradas. Su antigua ama la había salvado de un destino temible, y se lo pagó con los ojos alegres.

Un tiempo nuevo, esperanzador e inexplorado, se abría ante ellas. Y la medida exacta de sus afectos sería de otra naturaleza. Pero en la mente de Aurora ya se gestaba una variación futura y drástica de sus vidas. Solo había que esperar.

Una tarde tórrida del mes de agosto, tocó a difunto la cercana campana de San Agustín. Don Natalio Zornoza había fallecido de un síncope cuando tomaba una taza de chocolate, en el famoso café Apolo, sede de los liberales gaditanos. Su hija, con permiso de la madre superiora, había acudido a las exequias acompañada por fray Sebastián, no así Imelda, que se había quedado en el convento.

Aurora aprovechó para hablar con Maximiliano y acudió días después a la apertura del testamento, donde el antiguo armador legaba la casa, la plantación de Mindanao, y los caudales que aún le quedaban, a su hija Aurora, administrados por el leal Maximiliano. Quedaban depositados en la Banca Aramburu, para que le facilitara el oportuno empleo, bien en causas de caridad, o para las necesidades de su convento.

De lo que platicó con Maximiliano, solo ella y el criado lo sabían, y días después también Imelda, cuando llegó la fecha elegida: la festividad de la Asunción. En su mirada inquieta, donde centelleaba su fuerza interior, la antigua esclava comprendió que había llegado el día de la libertad, de la escapada del cenobio.

—La priora es un ser abyecto y vengativo y no dudará en impedirnos la huida. Hemos de ser precavidas y astutas. He estudiado el día y la forma para abandonar este lugar. Escucha atentamente. Aprovecharemos la entrega de ropas y alimentos a los pobres tras la sabatina y, con la bullanga de la fiesta, nos escaparemos.

—La venganza no es precisamente el ornato de una mujer dedicada a Dios.

—Como la donación es en el claustro, aprovecharemos el rezo de Completas para acudir a la iglesia, aunque sin ingresar en ella. Tú y yo nos quedaremos atrás. Solo una puertecita, de la que ya poseo la llave que extravió casualmente el hortelano, nos comunicará con la calle de La Jabonería... y con el mundo. Si alguna monja lo advirtiera, aduces que has dejado abierto el postigo del jardín.

—¿Y una vez fuera, Aurora? —preguntó pendiente de sus labios.

—Nos aguardará Maximiliano con una capa de abrigo y una bolsa con enseres, dinero y comida, y luego nos conducirá al embarcadero del muelle Real. Si alguien nos viera, nada dirán. Es habitual que monjas del claustro vayan de noche a atender a los enfermos, si es que nos reconocen—le explicó.

—¿Y luego? ¿Y sin mandan a la guardia tras nosotras? —temió Imelda.

—Sabes que el recuento de religiosas se realiza tras el oficio de Maitines, y a esa hora, medio océano se interpondrá entre nosotras y la madre superiora. Confía en mí. Una carta, que ya está en manos de mi abogado Mendizábal, lo explicará todo y esta sociedad, liberal y abierta, lo comprenderá. Renunciamos a los votos, nada más.

—Y perderás tu cuantiosa dote, ¿no? —se preocupó la filipina.

—Es mi regalo por los sinsabores causados por la precipitada huida —replicó irónica.

—Entreguémonos a Dios, aunque yo lo hago a ti, y que el destino nos ayude.

Era una huida poco airosa, sí, pero el precio era su libertad.

Costó abrir la herrumbrosa portezuela que utilizaba el viejo que ayudaba en las labores del huerto. Pero nadie notó la falta de las dos monjitas que, seguramente, tras el rezo en el coro, habían ingresado en sus celdas para entregarse a la mortificación. Maximiliano, como habían convenido, las aguardaba en una esquina de la Cárcel Real.

Aurora notó que el mulato tenía a sus pies tres bolsas. Le extrañó.

—¿Y esas tres valijas, Maximiliano?

—Parto con vosotras. Aquí no me ata nada. Desde Manila y Mindanao podremos administrar los negocios que te dejó tu padre, en el cielo esté. No te puedo dejar sola, Aurora, se lo prometí a tu madre antes de morir. ¡Vamos, el barco no espera!

Las sombras del ocaso ayudaron a la huida. Tres siluetas inidentificables se escabulleron por el barrio mariner, descendieron por la desierta cuesta de las Calesas, e ingresaron en el puerto marítimo lleno de naos, a través de la comercial Puerta de Sevilla, atiborrada de viajeros, marinos y estibadores. Maximiliano señaló con el dedo una nave con los velámenes desplegados y presta para zarpar con la marea de la noche. Maximiliano sacó del bolsillo tres billetes sellados, y exclamó triunfal:

—¡La Galeona! Esa nao tan marinera nos llevará a las Indias.

Antes de medianoche y encaramados en las jarcias, los marineros se afanaron en las maniobras acostumbradas de partida. La embarcación de la Compañía Naviera de las Indias Occidentales, que dos veces al mes cubría la distancia entre Cádiz, La Habana y Cartagena de Indias, soltaba amarras, al grito del capitán de:

—¡En nombre de la Santísima Trinidad, a toda vela y adelante!

Sin apenas ser notada desaparecía hacia la bahía, con singladura primera a las islas Canarias, enfilando las calmosas aguas atlánticas. Soplaban un fresco sur que henchía las velas, y los tres incógnitos pasajeros, embozado en sus capotes, olían el vivificante aire del mar y sosegaban sus ánimos, alterados por la fuga.

Sin embargo, y pasados dos días de navegación, la existencia de un prisionero en la bodega acrecentó la curiosidad de Aurora, pendiente de cualquier vaivén.

Reparó que un guardia custodiaba fuertemente el cofre de seguridad con el correo del rey don Fernando VII, la más grande calamidad regia que había sobrevenido a los Reinos de España, y también al preso. Al parecer la correspondencia estaba protegida con gruesas cerraduras de hierro, y un marinero bajaba a la sentina con un plato de rancho, galleta, alguna salazón, para alimentar al prisionero. ¿Llevaban un recluso en la embarcación y lo ignoraban los pasajeros?

Guiada por su curiosidad habitual, Aurora le preguntó al capitán con gesto indiscreto:

—He advertido que llevamos un pasajero de incógnito en la bodega, capitán.

—Sí, ciertamente —replicó sin darle importancia.

—¿Y quién es, si puede saberse? Su anonimato ha despertado mi interés.

—¡No os preocupéis! Se trata de un «punto filipino» —descubrió apático.

Aurora había escuchado alguna vez aquella insólita denominación, pero ignoraba su significado real, y aguzó los oídos.

—¿Un punto filipino? No os comprendo —y pensó que se chanceaba.

—¡Ah, claro! Se ve que nos estáis al tanto. Os lo explicaré. Los que tenemos relación con el Nuevo Mundo llamamos a cierto tipo de individuos de esa forma. Son jóvenes descarriados de la sociedad más noble de España, que, sin ser criminales, perjuros o ladrones, se les envía lejos como correctivo a su conducta libertina y desordenada, o para poner agua de por medio en asuntos de faldas, o de honor.

—¿A las islas Filipinas? Su falta ha de ser horrible —opinó.

—¡No! Es un escarmiento —sonrió—. Este, de nombre Álvaro Osorio, tuvo relaciones prohibidas con una hembra sevillana de alta cuna. La joven ha sido encerrada en el convento de San Clemente, según cuentan, y él ha quedado consignado a bordo en calidad de «punto filipino». He de entregarlo al alguacil de Veracruz, que luego lo pasaportará a Acapulco y, de ahí, en la Nao de China, a las Filipinas, donde vivirá unos años penando su yerro. Así se le bajarán los humos y la virilidad.

—¡No puedo creerlo! Os aseguro que nada sabía de estos sujetos.

—Este es un joven crápula, excéntrico y sin escrúpulos. Es de esos sujetos fastidiosos que no se dan cuenta de que son detestados. Creo que es bachiller por Salamanca. Con unos años en el Extremo Oriente, se le enfriará la bragueta, os lo aseguro —rio a carcajadas mostrando unos dientes amarillos—. No os fieis de ese libertino, miente como un Satán del infierno.

—Sí, claro. No lo haré, gracias —confirmó, y se quedó pensativa.

Aquella noche se alzaron densas neblinas y desapareció la visión del océano. Las olas se fueron haciendo cada vez más impetuosas y sopló un norte de popa que sacudía con fuerza las jarcias. No obstante, el veloz casco se deslizaba por las verdosas aguas encrespadas. Las saladas rociadas bañaban la cubierta, y la mar se hizo cada vez más gruesa. Oyó la voz del capitán ordenando arriar las velas, mientras las imponentes oleadas rompían contra los costados. Aurora e Imelda, que habían navegado una vez por el Atlántico, nunca habían sufrido aquellos golpes de mar tan empinados, que se erizaban por la cubierta como cuchillas de espuma. No durmieron y rezaron.

A pesar del mal tiempo, y en uno de los amaneceres, los tres tripulantes, para tomar el fresco y arreglar sus estómagos desvariados, salieron a trompicones del camarote y vieron que solo el trinquete y los zoques fijaban el rumbo de la embarcación. El efecto resultaba desolador. Estaban a merced del viento y empapados de agua salitrosa. A Imelda se le encogió el corazón al escuchar el ruido atronador de los embates y el seco gemido de las arboladuras, que parecían partirse en dos.

—¡Regresen abajo, por todos los demonios! —les conminó el enfurecido piloto.

Al mediodía salió un sol asustadizo por levante y el viento contrario amainó.

Izaron las velas y la nao se disparó como una saeta impulsada por el impetuoso céfiro. El capitán y su tripulación parecían imperturbables, y eso tranquilizó a las dos muchachas, que, después de las oraciones y de ingerir por fin un sopicaldo de habas, nabos y tocino, rezaron al

Niño Jesús de Manila para que las protegiera de un naufragio.

Las singladuras se sucedieron sin males mayores.

La segunda semana de septiembre, La Galeona recaló en la isla Dominica para abastecerse de frutas, surcadas las dos mil millas que la separaban de las Canarias, y cuando cumplían veinte días desde la partida. Y al mes de navegación, el raudo barco atracó con la suavidad de una caricia en el puerto de Veracruz.

Los lugareños de la primera ciudad fundada por los europeos en el continente estaban aguardando la inminente llegada de la Flota de Indias y comenzaban a llegar gentes de todas partes para comprar y vender. A las dos cansadas y exhaustas mujeres les llegó a la nariz el tufo de las fritangas de las tortillas de maíz y el olor a melaza de los tabucos que atestaban el amarradero. Necesitan bajo sus pies tierra firme.

A los recién llegados les pareció que la ciudad de las Tablas, así llamada por los navegantes por sus edificaciones de madera y techos de palma, era un lugar húmedo e insano, pues estaba empañado en sudor y apenas si podía respirar, pero alegre, bullanguero y lleno de ganas de vivir.

La Villa Rica de la Verdadera Cruz, como la bautizó Hernán Cortés al desembarcar el Viernes Santo del año 1519 en sus playas, se asentaba en un edénico paraje: La Antigua, frente al islote de San Pedro de Ulúa. Soplabla una brisa caliente que agitaba los árboles, los espesos mangles, los palmerales, las frondas y las esteras de los balcones.

Aurora, Imelda y Maximiliano saltaron al pantalán mientras les bajaban los baúles de sus pertenencias. Ahora había que descansar, comer y buscar un transporte para dirigirse a Acapulco, donde el Galeón de Manila partía en quince días.

Las pulperías del puerto estaban repletas de vocingleros jarochos, los nativos del territorio, con sus casacas y blusones de lino blanco, que bailaban una marimba en las puertas con mujeres envueltas en telas de vivos colores. El dulce soniquete atrajo la atención de Aurora e Imelda, que se acercaron a los tenderetes donde veían aguacates, frijoles, pulseras, aretes de coral y alhajas de oro maya y mexica, y bailaron juntas.

Tres días después, y recuperadas las fuerzas en un albergue del puerto, se unieron a una caravana de mercaderes, repleta de carros y diligencias que cubrían el trayecto entre Veracruz y Acapulco. El tránsito de la legendaria nave de mercancías pasaba por ser el más arriesgado y largo del mundo, y también el más valioso para España en riquezas y cornucopia de abundancias. Ellas ya lo conocían.

Durante dos meses al año, la humilde aldea de pescadores del Pacífico se convertía en el puerto más activo del Nuevo Mundo, y sus ferias en las más concurridas, con la llegada de comerciantes de Puebla, Guadalajara, México, Lima y Santiago.

Y allí, atracado en medio de la bahía, vislumbraron el fantasmagórico y colosal perfil del Galeón de China, de Manila, o de la Seda. A pesar de la cortina de agua que caía a su llegada, pudieron leer su nombre en letras doradas, El Atrevido de los Mares, con el imponente león dorado y coronado del mascarón de proa.

Con las velas plegadas, meciéndose las cofas de la selva de los mástiles, se asemejaba a un gigantesco cetáceo varado. Delante, un muro de fardos, sacas, toneles, cajas, jaulas y tinglados cubiertos con lonas esperaban para ser estibados. Aurora e Imelda estaban ansiosas por zarpar y avistar con sus ojos las tierras de Catay y Cipango, que con tanto ahínco había buscado Colón el almirante y que jamás pudo contemplar.

Compareció el día del embarque y, al amanecer, el amarradero era un enjambre de carretones, caballerías y hombres, enloquecidos por el ruido ensordecedor de los silbatos, campanas, trompetas, voces de órdenes y por el trapeo de los velámenes de la majestuosa estructura de El Atrevido. Costeado por la Hacienda Real y construido en teca oscura en los astilleros de Cavite, el galeón ya había sido amortizado con un solo viaje. Había finalizado el febril trasiego de los días feriales y, recién calafateado y baldeado, sus dos mil toneladas de reflejos metálicos formaban un imponente y no menos armonioso conjunto de maderas, lonas, cordajes, jarcias y oriflamas blancas con la cruz de San Pedro y la divisa rojigualda de los Borbones al viento.

Los premiosos pasajeros y la tropa, después de la confesión general y de la misa solemne en la ribera, embarcaron sus pertenencias, que quedaron estibadas en el barrigón de la nave junto a los víveres, la galletas, frutas, garbanzos, habas, tocino, aceite y vinagre, agua, plantas americanas, pólvora, fardos y marquetas de salazones y arenques, así como las botas, alcarrazas y toneles de agua que se almacenaban en los más peregrinos rincones del galeón. Las dos jóvenes, antes de presentarse al general que lo capitaneaba, observaron cómo dos centenares de animales, gallinas, cerdos, cabras y corderos, reducidos en un corral de la amurada, eran apiñados por dos grumetes, entre una algarabía de gruñidos, balidos y cacareos.

El pasaje lo componían no más de medio centenar de soldados, una veintena de viajeros civiles, treinta artilleros armados, un centenar de marineros y una treintena de oficiales, sargentos, pilotos y cómitres. Todos sin excepción facturaban igual equipaje, un baúl y una bolsa para el viático, escribanía y dineros, y dormían en catres y hamacas de igual categoría, aunque ubicadas en distintos lugares del colosal maderamen, junto a sus criados, generalmente mexicanos o filipinos.

La monotonía se fue haciendo aburrida y perezosa al transcurrir los días, y solo la instrucción del capitán con sus hombres en cubierta y algún rosario, lectura bíblica, representación religiosa o Vía Crucis organizado por los frailes animaban la vida en el El Atrevido. No avistaron ninguna vela enemiga inglesa u holandesa, con la natural alegría de los tripulantes, y no era época de tifones, por lo que el galeón se dirigió hacia el sur aprovechando los vientos favorables, con las boletas de las velas subidas.

Tragaban legua tras legua, hasta que al llegar al paralelo de Manila la nave viró hacia el oeste, en medio de una tormenta de esas que amenazan con aguas densas y amargas tanto del océano como del cielo.

—¡Colla larga y temporal a babor! —gritó el vigía—. ¡Olas de seis varas!

El galeón siguió raudo en su derrota y las dos admiradas, y también aterrorizadas viajeras, no perdían detalle de la navegación y del paisaje que tenían ante sus ojos. Y después de treinta y siete días de travesía avistaron las islas de los Barbados, como las bautizó el conquistador por el aspecto de sus moradores.

Dos días después, enfrente del bauprés, surgió ante sus ojos una isla alta y de cumbres azules de lujuriente belleza; y el timonel, que de experto hasta olía los malos vientos, roló al paralelo 19° y se acercó cuanto pudo hacia la costa, pues numerosas canoas se acercaban a vender algunos productos y frutas, y a contemplar El Atrevido y verlo brincar entre las olas. El mastodonte de madera era un espectáculo.

—Ahí tienes las islas de las Velas Latinas, o de los Ladrones, o Marianas^[1], que de las tres formas se conocen— les informó el ilustrado capitán.

—¿Por qué tres nombres? —se interesó Imelda.

—Magallanes las llamó así primero por parecerse a los velámenes del Mediterráneo, y luego de Los Ladrones porque los aborígenes eran unos auténticos bandidos. Fueron las primeras que vieron los españoles cuando Magallanes y Elcano circunnavegaron el globo terráqueo. En ellas veréis tres volcanes aún vivientes, el Asunción, el Pagán y el de los Pájaros. Cualquiera día revientan y desaparece todo bicho viviente en estos pagos. Aquí desertó un gallego llamado Gonzalo, de la dotación de La Trinidad, y por eso estos paganos llaman a los españoles «gonzalos» y también «chamorros», que quiere decir «amigos».

Después de cuarenta y cinco días de boga, los vigías de las cofas alargaron el grito de «¡tierra!» , y los alborozados viajeros rezaron al cielo por el feliz término del viaje y el cese de sus tormentos y el suplicio de los insectos. Al fin, sus cuitas se terminaron y Aurora e Imelda saltaron de alegría.

Aurora, Imelda y Maximiliano, con lágrimas en los ojos se enlazaron en un abrazo eterno. Estaban ansiosos por recuperar sus casas de Manila y Mindanao, pasear por sus campos y abrazar a Pedro, el mayordomo de su padre, que dirigía los negocios.

La Nao de China se deslizó suavemente por las mansas aguas de la bahía de Cavite, provocando el volteo de las esquilas de San Agustín, una singular iglesia de madera y piedra, pues la primitiva de bambú y nipa se había incendiado años atrás.

Se adentraron en la desembocadura del río Pásig y fondearon en el recinto amurallado, donde anclaron por miedo a un inesperado asalto de piratas chinos, como el de Limahong en 1574, de infausto recuerdo para la colonia, donde sembró el terror y la devastación. La tripulación y los viajeros lanzaban vivas al aire.

Los filipinos estaban ansiosos de la plata, los «pesos fuertes» acuñados en la casa de la Moneda de México, del coco, el chocolate, los frijoles, el aguardiente, el aceite y el maíz, y los recibieron con salvas de artillería y mosquetes, gritos de satisfacción, el estrepitoso redoble de tambores, pañuelos al cielo y vítores gozosos.

—Ahora comienza una nueva vida para nosotros, Imelda, Maximiliano.

—Y su medida será la unión y el afecto que nos profesemos —dijo la joven.

Un tiempo distinto, que la providencia y el destino marcarían con su inexorable justeza, se abrió ante ellos. Aurora sonrió a Imelda, y esta, por toda respuesta, dejó resbalar por sus pómulos salientes unas lágrimas de satisfacción.

Había recuperado su tierra y seguramente a su familia, a la que aún guardaba en los pliegues más profundos de su corazón. El valor de sus vidas, de sus bienes y de sus amores había cobrado sentido.

© *Jesús Maeso de la Torre*,
para Harper Collins (1-abril-2020)

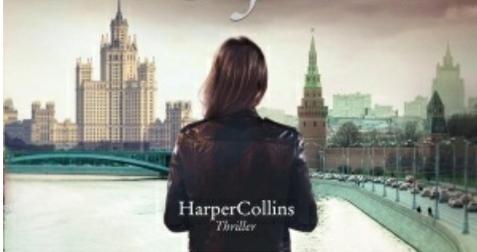
[1] Se les puso el nombre de Marianas, por la reina Mariana de Austria. Actualmente es Guam.

Nº1 BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

DANIEL
SILVA

ELLA ERA SU SECRETO MEJOR GUARDADO

LA OTRA
MUJER



HarperCollins
Thriller

La otra mujer

Silva, Daniel

9788491393566

496 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un pequeño y aislado pueblo de la serranía de Málaga vive una misteriosa mujer de nacionalidad francesa que ha empezado a escribir unas memorias más que peligrosas.

Es la historia de un hombre al que una vez amó en Beirut, años atrás, y de un hijo que le arrebataron en nombre de la traición. Esta mujer es la guardiana del secreto mejor guardado por el Kremlin: hace décadas la KGB infiltró a un agente doble en el mismo corazón de occidente, un topo que hoy se encuentra a las puertas del poder absoluto.

Solo una persona puede arrojar luz sobre esta conspiración: Gabriel Allon, el ya legendario restaurador de arte y asesino que hoy sirve como director del eficazísimo servicio secreto israelí. Gabriel ya ha tenido que combatir, anteriormente, a las oscuras fuerzas de la nueva Rusia, con un elevado coste personal. Ahora él y los rusos se enzarzarán en una épica confrontación final con el destino del mundo que conocemos en la balanza.

Gabriel se ve empujado en medio de la conspiración cuando su activo más importante dentro de la Inteligencia rusa es asesinado mientras intentaba desertar en Viena. Su búsqueda de la verdad le llevará atrás en el tiempo, hasta la traición más grande del siglo __ para terminar en las riveras del Potomac fuera de Washington.

Rápido como una bala, extrañamente bella y llena de dobles sentidos y giros en la trama, esta novela es un verdadero tour de force que demuestra una vez más que Daniel Silva es simplemente el mejor escritor de novelas de espías de nuestro tiempo

"Otra joya para la deslumbrante corona del maestro de la novela de espías... En esta encontramos incluso una historia de fondo más elaborada de lo normal, es tan convincente como lo es el tenso drama que se despliega lentamente para terminar en un estupendo final".

Booklist

"Excelente...los lectores quedarán cautivados tanto por la historia como por las tramas tan actuales con las que Silva juega con delicadeza".

Publishers Weekly

"La otra mujer es desde ya un clásico que afianza a Daniel Silva como uno de los mejores novelistas de espías que el género ha conocido".

CrimeReads

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EL
CHICO QUE
SE COMIÓ
EL UNIVERSO

Ningún lugar es un hogar y el mundo

TRENT
DALTON

HarperCollins
Narrativa

El chico que se comió el universo

Dalton, Trent

9788491393801

464 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

"Gozoso. Sencillamente gozoso. Me abrazaba a mí mismo mientras lo leía. Mi corazón se aceleraba, crecía y llegaba a estallar; mis ojos derramaron lágrimas; el estómago me daba punzadas. El chico que se comió el universo es —y no puedo pensar en otra palabra más adecuada— mágico. Es un debut vibrante, vitalista, además de milagroso sobre la llegada de la madurez contado por un exquisito y dotado narrador... y, lo que, es más, es transformadora: después de leer el libro de Trent Dalton no volverás a ser el que eras antes".

A.J. Finn autor de *La mujer en la ventana*.

!!!grandes noticias!!! *El chico que se comió el universo*, además de ser elegido libro del año en Australia, ha sido destacado en Amazon Estados Unidos como debut destacado y seleccionado como uno de los 10 mejores libros del mes de abril. Podrás leer *El chico que se comió el universo en España* el próximo mes de mayo.

"Ambientado en un empobrecido suburbio de la ciudad de Brisbane (Australia), El chico que se comió el universo es la inolvidable historia de Eli, un chico de doce años (y de su sabio y mudo hermano mayor August) que está intentando averiguar qué significa ser un buen hombre a partir de las figuras paternas que tiene: el septuagenario Slim Halliday, el prisionero huido de la justicia más famoso de Australia y babysitter de los hermanos; su padrastro de gran corazón y traficante de drogas Lyle; su padre, un alcohólico abrumado por la ansiedad; y su madre a la que reverencia. También es la historia de un chico joven que se enfrenta a un enemigo real y genuinamente terrible: Tytus Broz, un empresario local del que se rumorea reutiliza partes de los cadáveres de sus enemigos asesinados en su compañía de extremidades artificiales, y además es un capo de la heroína. Su vida es una divertida y desgarradora mezcla de lo cotidiano y lo vulgar, convertido en algo fascinante por el pragmatismo y la falta de cinismo de Eli.(...) Conmovedora, hilarante y con una imaginación sin fin, esta novela es una carta de amor a la ternura masculina ambientada entre una serie de sangrientas amputaciones y chutes provenientes del Triángulo de Oro. Recomendada para cualquiera que aprecie reírse y llorar a la vez".

Katy Ball, Amazon.

"Un logro excepcional. Es el *Cloudstreet* de los bajos fondos criminales de los suburbios australianos".

Herald Sun

"*El universo en sus manos* es una de esas historias que desafía las expectativas, revienta las barreras del género y seduce de principio a fin... Un auténtico tesoro".

Good Reading

"Magnífica".

Adelaide Advertiser

"Este libro iluminará hasta los días más grises".

Sydney Morning Herald

"Me trae recuerdos muy claros de mi infancia en los suburbios".

Daily Telegraph

"Es una historia sobre el potencial del mundo como un lugar de luz, de risa, de belleza, de perdón, de redención y de amor".

The Australian

"Tan buena que se te pondrá la piel de gallina".

Queensland Times

"Te romperá el corazón y te hará reír... a veces en la misma frase".

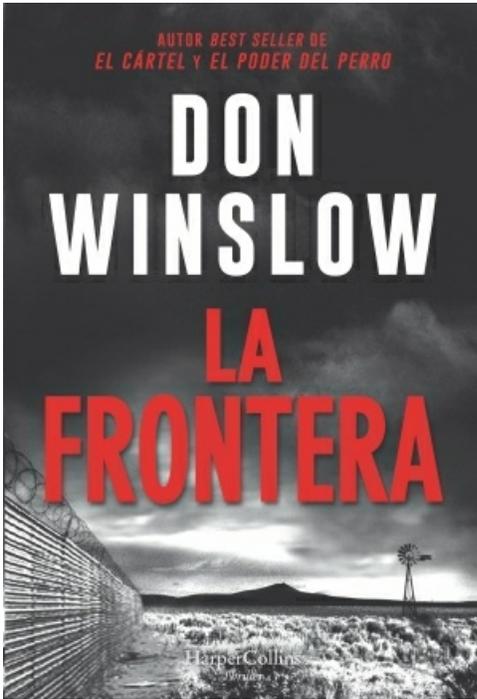
Qantas Magazine

[Cómpralo y empieza a leer](#)

AUTOR BEST SELLER DE
EL CÁRTEL Y EL PODER DEL PERRO

**DON
WINSLOW**

**LA
FRONTERA**



La frontera

Winslow, Don

9788491393580

792 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La explosiva y más que esperada conclusión de la **trilogía Cártel**.

¿Qué haces cuando ya no hay fronteras? ¿cuándo las líneas que creías que existían sencillamente se han esfumado? ¿Cómo te mantienes de pie cuando ya no sabes realmente de qué lado estás?

La guerra ha llegado a casa.

Hace cuarenta años que Art Keller está en primera línea de fuego del conflicto más largo de la historia de EE.UU.: la guerra contra la droga. Su obsesión por derrotar al capo más poderoso, rico y letal del mundo —el líder del cártel de Sinaloa, Adán Barrera— le ha costado cicatrices físicas y mentales, tener que despedir a personas a las que amaba e incluso se ha llevado parte de su alma.

Ahora Keller se encuentra al mando de la DEA viendo cómo al destruir al monstruo han surgido otros treinta que están llevando incluso más caos y destrucción a su amado México. Pero eso no es todo.

El legado de Barrera es una epidemia de heroína que está asolando EE.UU. Keller se lanza de cabeza a frenar este flujo mortal, pero se encontrará rodeado de enemigos, personas que quieren matarle, políticos que quieren destruirle y, aún peor, una administración entrante que comparte lecho con los traficantes de drogas que él quiere destruir.

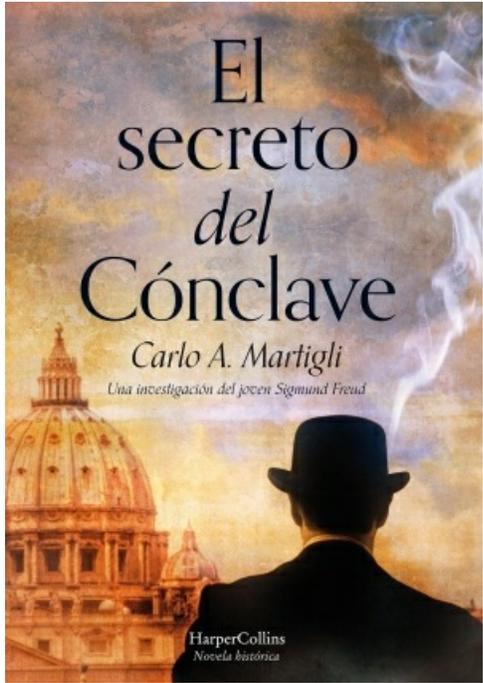
Art Keller está en guerra no solo con los cárteles, sino con su propio gobierno. La larga lucha le ha enseñado más de lo que nunca habría imaginado, y ahora aprenderá la última lección: no hay fronteras.

Una emocionante historia de venganza, violencia, corrupción y justicia.

"Lo que hace falta en una novela es que uno sienta el impulso físico de ir internándose en lo desconocido, que escuche una voz poderosa y a la vez una multitud de otras voces; que quiera llegar al final para saberlo todo y quiera también que la novela no termine. Antes de tener uso de razón, yo me hice adicto a las novelas porque me daban todo eso. Me lo vuelven a dar con generosidad desbordada estas novelas de Don Winslow".

Antonio Muñoz Molina, *Babelia*, *El País*

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El secreto del cónclave

Adolfo Martigli, Carlo

9788491392248

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Roma, 1903: la calma de la dulce noche de verano se ve perturbada por un delito perpetrado en el lugar más inviolable, el Vaticano. Un guardia suizo ha sido hallado muerto junto a una criada. El viejo Papa tiene las manos atadas: una investigación oficial levantaría una polvareda y pondría en entredicho la credibilidad de la Iglesia. El padre eterno se encargará de castigar al culpable. Pero lo que León XIII desea impedir a toda costa es que, después de su muerte, la cátedra de san Pedro sea ocupada por alguien implicado en el crimen.

Así, para resolver el misterio con la debida discreción, León XIII decide hacer uso de la experiencia de un joven médico vienés de quien se dice que ha elaborado teorías que revolucionarán para siempre el análisis de la mente humana: Sigmund Freud. Con su método psicoanalítico, Freud deberá sacar a la luz el secreto que se oculta en el corazón de uno de los cardenales destinados a convertirse en el próximo Papa.

De la pluma de uno de los autores más importantes de novela histórica surge esta novela de ritmo rápido y apasionante, la primera investigación del doctor Sigmund Freud.

"Intrigas y delitos en el Vaticano. Freud investiga por encargo del papa. El libro de Carlo A. Martigli es una ficción imbricada en un contexto histórico y simbólico riguroso. La trama se desarrolla en el terreno pantanoso del psicoanálisis. Una ficción nítida inmersa en un contexto histórico-simbólico riguroso".

Il Corriere della Sera.

"Martigli es un narrador muy hábil cuando se trata de escribir novelas que mezclan la fantasía y los hechos reales, y El secreto del cónclave confirma su indudable talento. Además, podría ser solo el comienzo de un Freud detective de excepción".

La Repubblica

[Cómpralo y empieza a leer](#)

KELSEY MILLER
I'LL BE
THERE
FOR YOU



Friends, todo lo que siempre quisiste saber
sobre la serie y nunca te atreviste a preguntar



HarperCollins

I'll be there for you

Miller, Kelsey

9788491393429

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Actualmente se recuerda a *Friends* como un icono de la comedia de los años noventa, cuando empezaba a despuntar la nueva pasión por la ficción televisiva. Pero en 1994, cuando se estrenó la serie, nadie esperaba que tuviera un éxito tan arrollador. Desde sus fulgurantes inicios, pasando por sus altibajos y por el resurgimiento posterior que ha experimentado, *Friends* ha mantenido un vínculo insólito con su público, que la ve al mismo tiempo como un reflejo de su propia vida y como una ilusionante vía de escape de la realidad cotidiana. En los años transcurridos desde entonces, la serie ha evolucionado de superéxito televisivo a revival nostálgico y, por último, a clásico indiscutible. Ross, Rachel, Monica, Chandler, Joey y Phoebe forman ya parte del panteón de los grandes personajes de la televisión, y sin embargo sus historias siguen teniendo vigencia hoy en día.

La periodista Kelsey Miller, especializada en cultura pop, revive los momentos más relevantes de la serie arrojando luz sobre sus elementos más polémicos y examinando las tendencias mundiales a las que dio lugar, como la cultura contemporánea del café o el corte de pelo a lo Rachel que hizo furor en los años noventa. El relato de Miller no solo nos permite entrever cómo se forjaba *Friends*, sino que sigue el ascenso de sus actores al estrellato y desvela la compleja relación que establecieron con sus personajes. *I'll be there for you* es la retrospectiva definitiva sobre *Friends*, no solo para los fans de la serie, sino para cualquiera que se haya preguntado alguna vez por qué esta comedia televisiva tuvo un impacto tan duradero.

"¿Se puede escribir con el cariño de un fan acerca de por qué una serie es al mismo tiempo intemporal y obsoleta? ¿Acerca de por qué merece la pena volver a verla y por qué a veces lo lamentas? El libro de **Kelsey Miller** sugiere que sí".

Linda Holmes, presentadora del programa radiofónico *Pop culture happy hour*

"Muy bien documentado y rebotante de anécdotas jugosas, el relato de **Kelsey Miller** sobre el fenómeno *Friends* es un viaje nostálgico, emocionante y un tanto agri dulce que permite vislumbrar al lector los entresijos de una serie de ficción que plasmaba esa fase de nuestras vidas en que los amigos ocupan el lugar de la familia".

Erin Carlson, autora de *I'll have what she's having: how Nora Ephron's three iconic films saved the romantic comedy*

"Miller no se limita a analizar las inusuales circunstancias que dieron origen a una serie de

televisión tan influyente, sino que responde a una pregunta que me ha intrigado durante años: ¿por qué *Friends* tiene aún tantos seguidores?".

Anne Helen Petersen, periodista cultural en *BuzzFeed*

[Cómpralo y empieza a leer](#)